

# Maratón de Cuentos

## LA PENSIÓN

Ademar Alves

En ese tiempo yo era Perito Agrónomo. La tinta del diploma testigo aún estaba fresquita en mi pequeña valija de cartón. La primera salida lejos de mi tierra natal me generó un tartamudeo nervioso que me llevó mucho tiempo el curarme.

Epocas difíciles se vivía en Bella Unión. Plena dictadura con su gran inestabilidad social y personal. Con una contradicción casi única en el país; un "despegue" económico, con mucha "plata dulce" de créditos a granel para incentivar la producción. Era algo así como el choque de dos corrientes de agua opuestas. Una fría con una caliente. Produciendo una niebla espesa en el ambiente social, dando una sensación de que se vivía en un mundo de ensueño.

Para decir la verdad, no puedo hablar con total objetividad. Soy oriundo de Rocha. Dos años en ese lugar no son suficientes para juzgar. Una mirada ve una superficie calma y monótona. Las pasiones y sentimientos corren sin ton ni son como aguas subterráneas.

Caigo "como peludo de regalo" gracias a un

contrato con Calnù. No conforme con ser Perito, tenía aspiraciones de ser Ingeniero Agrónomo. (El año pasado me gradué).

De por sí soy manso por vocación. Elijo una pensión pobre pero con ambiente familiar. Enseguida me sentí como en mi casa. Ahí paraban algunos contrabandistas de los llamados "chiveros", apelativo que escuchaba por primera vez, puesto que en el Sur se los conoce como "bagayeros". Una maestra jubilada y tres brasileños que estaban haciendo la zafra de caña.

Como yo tenía buen trabajo, veinte años, joven apuesto y un título muy valorado en esa zona rural; les "caí" bien. Además me iba a anotar en el Liceo. Para la gente de poca instrucción el ser estudiante es casi como tener una aureola mística.

Los dueños de casa, dos viejitos simpáticos, se mudaron a un cuarto más chico dejándome el suyo con su antigua y confortable cama de dos plazas. Yo chocho de la vida.

De Ingeniero me trataban. Me cansé de decirles que nao lo era, que esa era mi aspira-

ción. Pero para ellos era Ingeniero y tá.

Pasaron los meses y el "boom económico" retumbaba en toda la nación. La afluencia enchorrada de gente de todos lados hacía parecer el viejo lejano Oeste americano atraídos por la fiebre del oro. La demanda de ubicación era tan grande que me pidieron con cortedad si no me podría mudar a una pieza más chica, así sacaban la cama grande y pondrían tres chicas. Mi nueva pieza era linda con un toquesito femenino. Fue arreglada por su nieta que estudiaba decoración en Montevideo. Me dieron mil explicaciones que no eran necesarias porque la casa era de ellos. -No es para hacer plata, es que los que vienen en algún lugar tienen que pernoctar.

Me marché sin protestar. Al mes siguiente llegaron dos profesores que venían a hacer una suplencia en el Liceo, y como mi pieza tenía cucheta, además... "Son gente distinguidas, son profesores..." Me trasladé a la piecita del fondo. Húmeda por falta de ventilación pero tenía unos estantes arriba donde poner los libros, dándole a mi cuevita un

cierto aire intelectual. No me preocupaba mucho porque entre el trabajo y el estudio me dejaba poco tiempo para dedicarlo al entorno material.

A los quince días la viejita se sentó en mi chama, (no me causó mucha gracia porque estaba preparando un examen) y con voz dulce empezó a ponderar mi mansedumbre y que ya era como de la familia y que era inteligente y comprensivo... podría, con mi marido, el fin de semana limpiar y condicionar el galponcito. Así se muda a un lugar tranquilo, lejos de todo este ruido. Puede estudiar sin que lo molesten. Puede... puede... puede...

Por primera vez fui materialista y pensé pecaminosamente "del cuarto grande al galpón... todo por la misma plata". Me callé la boca y al rato salí a buscar otra pensión.

En la despedida le digo tímidamente a la señora -Una regla de oro de la vida... A los que no protestan son a los que más hay que cuidar.

Su marchita mente vintenera no supo descifrar este sencillo enigma. Son cosas...

## Aprendiendo a Leer XIII

Siguiendo con la mecánica de la lectura. Los signos de puntuación no son accesorios. Menos todavía en nuestro idioma que es bastante complejo. Donde muchas palabras tienen varios significados. Depende del contexto el valor que adquieren. Los signos son tan imprescindibles como los silencios en la música.

No vamos a hablar de cada uno porque sería "llover sobre lo mojado". Los maestros y profesores enseñan y bien. Pero hay uno que flaquea su interpretación real. Los puntos suspensivos. Parece tan sencillo su utilización que abusan de ellos hasta los escritores. La aplicación más simple es de sustitución de los etc. Correcto. Pero tiene mucho más. En los diálogos es un juego entre la verbalización y los pensamientos. Pausas de búsqueda de palabras para continuar. También es interrupción brusca de otro interlocutor, como cuando decimos en el hablar cotidiano "me dejó con la palabra en la boca". También marca el ensamble de palabras entre los que hablan. En todo diálogo normal hay momentos que dos o más hablan a la vez.

En la narración es un vértice, una frenada brusca donde los puntos suspensivos es la inercia, el lector debe dejarse llevar por el balanceo. Sin embargo, muchos lectores toman como una pausa más larga.

El escritor usa los puntos suspensivos como recurso para no describir lo obvio. Pero lo que es obvio par el escritor no necesariamente lo es para el lector. Hay que dejar que la mente siga el curso de la trayectoria y agregar lo que continúa. Es la forma de trabajar en equipo autor-lector. El arte es verdaderamente arte cuando se logra la simbiosis artista-público.

Los puntos suspensivos son como una rampa lanza cohetes. Le da velocidad y dirección al tema, el alcance del vuelo depende del lector.

Ademar Alves